CAPÍTULO III. *De cómo los indios fueron enseñados en la música; y cosas que pertenecen al servicio de la iglesia, y lo que en esto han aprovechado*

O MENOS HABILIDAD MOSTRARON PARA LAS LETRAS los indios, que para los oficios mecánicos, porque luego, con mucha brevedad, aprendieron a leer, así nuestro romance castellano como latín y tirado o letra de mano; y el escribir, por consiguiente, con mucha facilidad. Comenzaron a escribir en su lengua y entenderse y tratarse por cartas como nosotros; lo cual antes tenían por maravilla que el papel hablase y dijese a cada uno lo que el ausente le quería dar a entender. Contrahacían, al principio, muy al proprio, las materias que les daban; y si les mudaban maestro luego ellos mudaban la forma de la letra en la del nuevo maestro. En el segundo año que les comenzaron a enseñar dieron a un muchacho de Tetzcuco por muestra una bula, y sacóla tan al natural que la letra que hizo parecía el mismo molde; puso el primer renglón de la letra grande como estaba en la bula y abajo sacó la firma del comisario y un Jesús, con una imagen de nuestra señora, todo tan al proprio que parecía no haber diferencia del molde a la que él sacó; y por cosa notable y primera la llevó un español a Castilla para mostrarla y dar que ver con ella. Después se fueron haciendo muy grandes escribanos de todas letras, chicas y grandes, quebradas y góticas; y los religiosos les ayudaban a salir escribanos porque los ocupaban a la continua en escribir libros y tratados que componían o trasuntaban de latín o romance en sus lenguas de ellos. El año de 1570, que fue a España el padre fray Gerónimo de Mendieta, dice que llevó un libro del *Contemptus mundi*, vuelto en lengua mexicana, escrito de letra de un indio, tan bien formada, igual y graciosa, que de ningún molde pudiera dar más contento a la vista; y mostrándolo al licenciado don Juan de Ovando, que a la sazón era presidente de Consejo de Indias, agradóle tanto que se quedó con él, diciendo que lo quería dar al rey don Felipe Segundo, de este nombre, nuestro señor. Demás de el escribir, comenzaron luego los indios a pautar y apuntar, así canto llano, como canto de órgano, y de ambos cantos hicieron muy buenos libros y salterios, de letra gruesa, para los coros de los frailes y para sus coros, con sus letras grandes, muy iluminadas; y no iban a buscar quien se los encuadernase porque ellos juntamente lo aprendieron todo; y lo que más de notar es, que sacaban imágenes de planchas, de muy perfectas figuras, que cuantos las veían se espantaban; porque de la primera vez les hacían, ni más ni menos que la plancha.

El tercero año los pusieron en el canto, y algunos se reían y burlaban de los que los enseñaban, y otros los estorbaban diciendo que no saldrían con ello, así porque parecían desentonados como porque parecían tener flacas voces, y a la verdad no las tienen comúnmente, ni las pueden tener tan recias, ni tan suaves como los españoles, andando, como andan, descalzos y mal arropados y comiendo poco y flacas viandas; pero como hay muchos en que escoger, siempre hay buenas capillas, y algunos contrabajos, altos,

tenores y tiples que pueden competir con los escogidos de las iglesias catedrales. El primero que les enseñó el canto, juntamente con fray Pedro de Gante, fue un venerable sacerdote viejo llamado fray Juan Caro, que bien barato y cumplido se mostraba con ellos; pues sin saber palabra de su lengua, ni ellos de la española, se estaba todo el día enseñándoles y hablándoles y platicándoles las reglas del canto en romance, tan de propósito y tan sin pesadumbre, como si ellos fueran meros españoles. Y los muchachos estaban la boca abierta mirándole y oyéndole muy atentos, a ver lo que quería decir. Y aunque algunos de nosotros tomaban ocasión de reírse de esta su santa bondad y flema, de otra manera la consideraba aquel señor, que se agrada de los corazones sencillos y llanos; y así la favoreció, obrando como soberano y poderoso artífice, entre aquel maestro y sus discípulos, que poco ni mucho no se entendían; de suerte que, sin medio de otro intérprete, los muchachos en poco tiempo lo entendieron de tal manera que no sólo lo entendieron y salieron con el canto llano, mas también con el canto de órgano; y después acá unos a otros se lo van enseñando y hay entre ellos muchos y muy diestros cantores y maestros de capilla; tanto que en cada capilla de cantores hay por lo menos cinco y seis y más que se van cada año remudando en el oficio de maestros y capitanes que guían y rigen a los otros. La primera cosa que aprendieron y cantaron los indios fue la misa de nuestra Señora, que comienza: *Salve sancta parens*. No hay pueblo de cien vecinos que no tenga cantores que oficien las misas y vísperas en canto de órgano, y con sus ministriles e instrumentos de música; ni hay aldehuela apenas, por pequeña que sea, que deje de tener siquiera tres o cuatro indios que canten cada día en su iglesia las horas de nuestra Señora, especial en la provincia de Mechoacán y Xalisco.

Los primeros instrumentos de música que hicieron y usaron fueron flautas, luego chirimías, después orlos y tras ellos vihuelas de arco, y tras ellas cornetas y bajones; finalmente no hay género de música que se use en la iglesia de Dios que los indios no lo tengan y usen en todos los pueblos principales, y aún en los no principales; y ellos mismos lo labran todo que ya no hay que traerlo de España. Una cosa puedo afirmar con verdad, que en todos los reinos de la cristiandad (fuera de las Indias) no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, trompetas, orlos, atabales, como en solo este reino de la Nueva España. Órganos también los hacían casi todas las iglesias donde hay religiosos. Y aunque los indios (por no tener caudal para tanto) no toman el cargo para hacerlos sino maestros españoles, los indios son los que labran todo lo que es menester para ellos y ellos los tañen en nuestros conventos. Los demás instrumentos que sirven para solaz y regocijo de las personas seglares, los indios los hacen todos y los tañen: rabeles, guitarras, discantes, vihuelas, arpas y monacordios; y con esto se concluye que no hay cosa que no hagan; y lo que más es, que pocos años después que aprendieron el canto comenzaron ellos a componer, de su ingenio, villancicos en canto de órgano a cuatro voces, y algunas misas y otras obras que mostradas a diestros cantores españoles, decían ser de escogidos juicios y no poder ser de indios.

Sobre enseñarles la gramática latina y la latinidad hubo muchos pareceres, así entre los frailes como entre otras personas; y antes que se la enseñasen tuvieron muchas contradiciones, con razones aparentes, que los de la contraria opinión daban; mas al fin prevaleció la razón verdadera de que era justo que a lo menos algunos naturales entendiesen en alguna manera lo que contiene la Sagrada Escritura y los libros de los sagrados doctores, así para que ellos mismos se fijasen y fortaleciesen más de veras en las cosas de nuestra santa fe, como para que pudiesen satisfacer a los otros indios, de cuan diferentemente vamos fundados los cristianos en lo que creemos y seguimos, de lo que ellos y los demás gentiles habían creído y seguido, sin fundamento ni camino, ni rastro de ninguna verdad. A los principios pasóse trabajo grande y hallaron no poca dificultad los religiosos que eran sus maestros; porque puesto caso que sabían muy bien su lengua, como en ella no se habían tratado semejantes materias, no hallaban términos con que explicarles las reglas gramaticales; y así, era muy poco lo que aprovechaban y casi desmayaban y desconfiaban los discípulos y aun los maestros. Mas como en todas las demás cosas en que los siervos de Dios, en el principio hallaban dificultad, tuvieron propicio el auxilio divino, así cuando plugo al Espíritu Santo (que es el verdadero maestro de todas las artes y ciencias) de abrirles los entendimientos, vieron la puerta que el Señor les abría, y hallaron términos de nuevo compuestos por donde con facilidad se pudieron declarar y dar a entender las reglas de la gramática; y así, en pocos años, salieron tan buenos latinos que hacían y componían versos muy medidos y largas y congruas oraciones, en presencia de los virreyes y de los prelados eclesiásticos, como se dice en otra parte.

CAPÍTULO IV. *De las grandes limosnas que los indios e indias han hecho para ornato de las iglesias y sustento de los ministros de ellas*

NA DE LAS COSAS QUE MANIFIESTAMENTE confunde y desmiente la siniestra opinión que algunos han tenido y tienen de los indios, diciendo que no son verdaderamente cristianos, es el ordinario uso que han tenido de hacer limosnas a las iglesias, y de encomendar misas por sí y por sus difuntos. ¿En qué juicio (si no es temerario) cabe decir que el que ofrece un cáliz o una casulla o otro ornamento para que con él se diga misa o da alguna limosna, para que le digan misas y encomienden a Dios a él, o a los suyos, el tal no es cristiano? Si no tuviese fe en la misa, ¿para qué la había de pedir, gastando sus dineros? Muchos de nosotros los cristianos viejos ponemos el fundamento y prueba de nuestra cristiandad en sólo el nombre de cristianos que nos dejaron nuestros padres y abuelos y no la regulamos con nuestras obras, no mirando que ellas son las que informan la fe para que sea verdadera, y que sin las obras es fe muerta,